

La poesía de Luz Pozo Garza

Por MIGUEL GONZALEZ GARCES

SE ha insistido —equivocadamente— en el sentimentalismo como base del lirismo. Concepción romántica. Y, concretamente, del sentimentalismo como fundamento del lirismo gallego. Pero el Cancionero es ya delicadamente sensual. Y en esta línea, en la que tendríamos que colocar a tantos poetas gallegos, está Luz Pozo.

La lectura de «Anfora», que fue el primer libro que conocí —escrito en castellano— de Luz Pozo Garza, me llevó al recuerdo de la impresión de la lectura, adolescente, más bien niño, de los poemas de Delmira Agustini. Y la de Juana de Ibarborou o la de Luisa Luisi. En general, de las creadoras líricas uruguayas. Y aun de tantas hispanoamericanas no uruguayas. Aunque opino que «Las lenguas de diamante» y «Raíz salvaje» son los libros, de Juana de Ibarborou ambos, que más profunda huella debieron dejar en Luz Pozo. No puede olvidarse que Juana de Ibarborou adoptó este apellido —que proviene de su marido—, pero que era hija de Vicente Fernández, natural de Villanueva de Lorenzana. Y que Juana Fernández logra la plena sensualidad de la palabra —que alcanza tan plena y bellamente Cunqueiro al decir «Abril» en un bellissimo poema inédito— cuando dice: ¡pinos!».

«Espera, no te duermas. Escuchemos — el ritmo de la lluvia. — Apoya entre mis senos — tu frente taciturna.» No está lejano a lo que va a ser la poesía amorosa de «O paxaro na boca».

La parte segunda de «Las lenguas del diamante» se titula «Anforas negras». Y el primer libro de Luz Pozo, «Anfora». La palabra de su propio nombre, «Luz», está en la primera. Y también uno de los más bellos poemas de «Raíz salvaje» se titula «El pozo». No es extraño que Luz Pozo se encontrara en los libros de Juana de Ibarborou.

En análisis más detenido, Luz Pozo es diferente. Por mitología, paganismo, melancolía, queda mucho del modernismo en Juana. Eliminado en Luz Pozo. Tomó de Juana lo que —máximo acierto— estaba de acuerdo con Galicia, consigo misma. Sensualidad, incluso sensualidad dionisiaca, helénica, pero muy especialmente sensualidad gallega. El creer que Galicia es sólo un país de nieblas, de melancolía y tristeza es ignorar

la luz clara y desnuda atlántica, la exuberancia de los bosques y fragas o la vitalidad hermosa del mar. O las retamas, tema querido a Luz Pozo, los pájaros, la lluvia...

Y no son sólo los elementos, sino el modo de percibirlos, de captarlos. Y de expresarlos. «O paxaro na boca» tiene como tema fundamental el del amor. Que trasciende de lo individual y hace partícipe de él a toda la naturaleza que, sensualmente, le acompaña. Siempre con delicadeza, contención lírica. Y sabiduría instintiva y elegante de mujer hermosa que derramase su propia hermosura en los elementos que le sirven de marco. Con entrega gallega a los elementos líricamente sensuales de la naturaleza. Esos pájaros que llueven lentamente sobre sus árboles, esa identificación con la tierra o las zarzas, esa receptividad del hombre hecho paisaje del primer poema —«O paxaro na boca»— puede tornarse en «quente música», en valiente, expresiva y sensual metáfora. «Aturuxo de xilgaro» da sensación de galleguísima musicalidad campestre. Acompañado por la lluvia, por el agua fresca. En «Paixase tua» se convierte, vegetalmente, en rama, en «xesta amantiña», en «Regueiro novo, onde os peixes cantan». Desnudez de cuerpo y alma en claridad de pájaro, entre la música, con la sencillez y la espontaneidad del árbol.

Se ha hablado del influjo de Aleixandre, a veces indudable, o de Gerardo Diego. Para mí, más admirado que imitado por Luz Pozo. Pudiera ser por el tema musical y por la contención de los poemas. Puesto que hay una serenidad y una plenitud plenamente consciente que convierte en pura lírica el impulso espontáneo y sensual.

La musicalidad gallega se refleja en «O gaiteiro». Todo el poema es un acierto de sensibilidad y aroma musical: «iste home trae herba nos pes — e un regato de violis nas maus.» Ese hombre que trae todos los pájaros en su gaita está, mucho más que descrito, prendido en su dimensión lírica. Se ha hablado también de la similitud o del influjo de Aquilino Iglesia Alvariño. Tal vez en vocabulario, nunca en actitud vital, excepto en la fusión con la naturaleza, que no proviene de la línea horaciana en Luz Pozo.

Lo sentimental también existe en Luz Pozo. La reiteración del estribillo «mais en todas partes hai un neno murcho», sostiene poema en que, con indudables aciertos, que recuerdan otros poemas, como «as arbres son gaitas», no llega a la ternura más auténtica y personal de madre que refleja en «Erguete, neno!». El «neniño mouro», está calificado de «xilgaro preto». Bellísimo. Y un ambiente de cuento vivido, de res-

plandor luminoso, de soles en el mediodía, con ese preciso y precioso verso, juvenil y sensual («hay un cabalo novo bebendo herba»), al que sigue la irrealización expresiva: «e os montes xa non berran». Personi-



ficación por medio del silencio. El juego es intuitivo, pero enormemente sabio. «Una doce cantiga prende das arbres» y la comparación de las gotas ligeras, a las que denomina así, «gotas» y no «pingas», con verdadero acierto lírico conducen al símil de plena consecución de «anduriñas». Y con la alegría de son de gaita, con verso ágil el niño ha de levantarse, el hijo, para estrenar, galleguísicamente, «as zocas de bi-dueiro».

El verso es casi siempre perfecto. La imagen abundante, la metáfora conseguida, el paisaje consecuencia de identificación plena. Dulce y sexual, impresionista en el trazo, y con esa delicadeza en la que ha querido verse un reflejo poético de Luis Pimentel. Pero en Luz Pozo hay mayor paladeo de la palabra querida, gustada. La poesía amorosa gallega contemporánea ha sido primordialmente cultivada por Luz Pozo, Alvaro Cunqueiro e «Isla de dos». No hablo de consecuciones, sino de tema. Generalmente abandonado, el del amor, en los últimos tiempos en Galicia, con la excepción de los poetas señalados.

Luz Pozo sigue, a mi modo de ver afortunadamente, esta línea en sus poemas inéditos. «Tempo de amor» continúa el proceso de simplificación de elementos, de contención en el verso, breve, de precisión en la palabra, pero la intensidad es, por lo menos igual, y el acierto lírico el mismo: «agarda, doce corzo, — a fraga toda é tua, — tamén o vento». El ambiente gallego, y aun el influjo lejano y asimilado del Cancionero, evidente. En otro poema dice, después de preguntar al amor «onde estarei?» que lo siento cerca «igoal que una ponliña — docemente corvada». El final es de un lirismo que recuerda al Cancionero o, quizá, el Cantar de los Cantares: «Dícame, meu amor, — auguiña doce, — qué vieiriños levan — a tua fonte?»

También hay el lamento, el sentimentalismo de la ausencia y la lejanía, propios del Cancionero. Sin que recuerde el ritmo, ni aun el tratamiento, ni los recursos estilísticos a los empleados por los poetas de la Edad Media. La delicadeza se concentra en el final: «Adeus, amor, — ponliña desgaxada — da noite miña.»

Amor. Sensualidad. Delicadeza. Perfección. Musicalidad en el verso y preocupación musical en el tema. Identificación con la naturaleza. Verso limpio y hermoso. Contención y no ampulosidad. Juego metafórico abundante, sin que esté recargado, sino con vitalidad y humanización gallega. Los pájaros, la gaita, los arroyos, las golondrinas, las retamas, el hijo... Sobre todo, la poesía. Y la poesía es también, para Luz Pozo, el amor.